



---

## IN MEMORIAM

# Catherine Julien o la siempre renovada fascinación por América del Sur

María Susana Cipolletti

Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn (Bonn, Alemania)

ORCID: 0000-0002-2093-7226

mariacipolletti@hotmail.com

Recibido: 10 de enero de 2025 / Received: January 10, 2025, Aceptado: 21 de julio de 2025 / Accepted: July 21, 2025.

### Resumen

María Susana Cipolletti comparte un emotivo recuerdo de su propia experiencia con Catherine Julien, incorporando dos fotografías que ponen de relieve aspectos más íntimos de la vida de la autora en un contexto familiar y de compañerismo. Una de esas fotografías se destaca en la portada de este número.

### Palabras clave

In memoriam, Catherine Julien, Congreso Internacional de Americanistas, Friburgo, Sevilla

### Abstract

María Susana Cipolletti shares a touching recollection of her experience with Catherine Julien, including two photographs that highlight more intimate aspects of the author's life within family and friendship contexts. One of these photographs graces the cover of this issue.

### Keywords

In memoriam, Catherine Julien, International Congress of Americanists, Freiburg, Sevilla

Varios colegas han colaborado en este tomo con valiosos comentarios y valoraciones de la extensa obra científica de Catherine Julien, de modo que en este texto me concentraré en otro aspecto de Catherine, el que me fue más cercano: una suerte de retrato, necesariamente parcial, de la forma en que yo viví las experiencias que disfrutamos juntas.

Nuestro primer contacto se dio en los años en que Catherine investigó en el Instituto de Americanística y Etnología de la Universidad de Bonn. Si bien yo ya no vivía en Bonn, el hecho que en primer lugar nos llevó a conocernos y a intercambiar experiencias fue que ambas habíamos sido becarias de la Fundación Alexander von Humboldt, de Alemania. Catherine disfrutaba en ese momento de la beca en el Instituto (1989-1991), mientras que la mía había sido en el mismo lugar, aunque cuatro años antes, cuando aún se llamaba *Seminar für Völkerkunde* y se hallaba bajo la dirección del Prof. Udo Oberem (1923-1986). Este primer contacto, que podría haber quedado simplemente en eso, se profundizó en los años siguientes.

En parte coincidíamos en algún simposio en el que ambas participábamos, sobre todo los del Congreso Internacional de Americanistas (ICA), como los de Estocolmo/Uppsala (1994) y Varsovia (2000). Después de nuestro encuentro en el ICA de Santiago de Chile (2003), fuimos juntas a Isla Negra, a visitar la inolvidable casa donde vivió Pablo Neruda (que fue quien introdujo ese topónimo), situada a algo más de 100 kilómetros de Santiago, la capital. Recuerdo una extensa conversación con Catherine luego de un almuerzo en un restaurante de madera en una tarde húmeda y nublada, frente a un mar embravecido y delante de una gran chimenea de la cual se desprendían los aromas de las maderas en combustión. A instancias de Catherine, extendimos luego la excursión hasta Pomaire, un pueblo conocido por sus figuras hechas con la arcilla negra del lugar.

El tiempo más extenso en el que nos vimos diariamente fueron unos dos meses en 1993, cuando ambas investigábamos sobre nuestros respectivos temas en el Archivo de Indias (AGI) en Sevilla. Catherine, luego de muchos años dedicada al estudio de los Incas, trabajaba ahora las fuentes del Oriente de Bolivia, mientras que yo había sumado la investigación etnohistórica a la etnográfica sobre sociedades indígenas de la Amazonía ecuatoriana.

Catherine vivía en Carmona, a unos 35 kilómetros de Sevilla: para llegar a las 8:00 al archivo, que era la hora de apertura, se levantaba antes de las 6 de la mañana, una hora que era para ella habitual. Con una pausa para ir a tomar el “cafecito” a media mañana, salíamos a las 15:00 horas, cuando cerraba el archivo hasta el día siguiente, e íbamos a comer a alguna de las muchas tabernas de la ciudad. Esta cercanía fue la oportunidad para intercambiar impresiones sobre nuestros temas y las informaciones que cada una iba encontrando en los inabarcables legajos del archivo.

A ambas nos apasionaban algunos fenómenos del catolicismo popular. Uno de ellos era el culto a la Virgen del Rocío, cuyo santuario, situado a unos 80 kilómetros de Sevilla,

en Huelva, visitamos un día. Era un lugar que a las dos nos interesaba, por su conexión (o más bien por su no conexión) con América del Sur. Si bien en la actualidad es uno de los lugares más emblemáticos del catolicismo popular español, y no solo en Andalucía, llama la atención que no existan trazas del culto en la época colonial en las posesiones españolas en América. Esto hace pensar que este culto se generalizó más tarde que el de las otras vírgenes veneradas por el catolicismo; es decir, que no había decantado en España en las primeras épocas de la Conquista. En el camino quisimos visitar el Puerto de Palos, a orillas del río Tinto, un lugar emblemático porque de allí partió Colón con sus carabelas en su primer viaje. No conocíamos ni tuvimos en cuenta el paso de los siglos que, debido a la erosión y al no ser canalizado, hace varios siglos que se encuentra sepultado y perdido como puerto.



Figura 1. Días felices: Catherine en el camino al Santuario de la Virgen del Rocío (Huelva, 1993). Foto M. S. Cipolletti.

Otro tema que seguíamos en la bibliografía y en nuestras charlas fue el papel destacado del Santiago “Matamoros” en la conquista de América, donde fue un emblema de la conquista de las sociedades indígenas. Además, vivimos juntas la Semana Santa en Sevilla. Estos y otros fenómenos del catolicismo popular eran para Catherine más extraños que para mí, ya que sus orígenes familiares se remontaban a bautistas suecos, emigrados a zonas no urbanas de California.

Durante esta época en Sevilla conocí un aspecto de Catherine que decantó en un retrato más profundo o acertado que el que surge de conversaciones en los pasillos o cafeterías llenas de los Congresos: su ascetismo. Allí pude observar sus manos rojizas y escamadas, y a mi pregunta por el motivo, me contó que las tenía así debido a enjuagar la ropa,

incluidas sábanas y toallas, en una especie de lavadora llamada “pepito”, que movía las telas, pero no enjuagaba ni escurría.

Disentíamos en su convicción que cada persona debía hacer sus propias tareas, inclusive todas las domésticas, y de ahí sus manos enrojecidas y despellejadas por un lavado que hacía prácticamente a mano. Mi argumento era de qué vivirían negocios como lavanderías, por ejemplo, si cada uno se empeñaba en hacer todo por sí mismo.

Su ascetismo se reflejaba también en su forma de vida, en levantarse antes de las 6 de la mañana y encarar prontamente el trabajo, y en negarse a la ingestión de bebidas alcohólicas. Catherine y su hija Claire pasaron con nosotros los días de Navidad y Año Nuevo de 1995 en nuestra casa en Friburgo. La primera mañana, cuando me levanté, encontré a Catherine en la cocina. Había hecho un té, silenciosamente, con el adminículo que siempre la acompañaba, el *Tauchsieder*, o calentador de inmersión ideal para viajes, que era muy común en Alemania hace varias décadas. Para evitar hacer ruido y despertarnos al buscar sus cuadernos, estaba escribiendo en unas grandes servilletas de papel blanco que había encontrado en la cocina.

Pero lo que más me impresionaba de Catherine, y lo sigue haciendo hasta ahora, era su entusiasmo vital, contagioso, que se reflejaba en su risa abierta y el brillo de su mirada, que transformaban en fascinantes los temas de la etnohistoria, considerados generalmente áridos. Tenía el don de despertar el entusiasmo de su interlocutor, que intuía que Catherine no se refería solamente a preguntas intelectuales, sino que ponía en esos temas su propia vida.



Figura 2. Catherine y su hija Claire en nuestra casa en Friburgo, en las Navidades de 1995. Foto M. S. Cipolletti.